

Lucas Alamán y Fernando Orozco y Berra: la reinención de la narrativa mexicana a mediados del XIX

Lucas Alamán and Fernando Orozco y Berra: The Reinvention of Narrative in mid-19th Century Mexico

José Ramón Ruisánchez Serra

University of Houston
ORCID 0000-0003-2537-0975

Date of reception: 27/02/2023. **Date of acceptance:** 01/07/2023.

Citation: Ruisánchez Serra, José Ramón. "Lucas Alamán y Fernando Orozco y Berra: la reinención de la narrativa mexicana a mediados del XIX". *Revista Letral*, n.º 31, 2023, pp. 166-189. ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi31.27492>

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

RESUMEN

En este artículo se estudian dos obras publicadas inmediatamente después de la Invasión Estadounidense de 1847: la novela *La guerra de treinta años* de Fernando Orozco y Berra, y la *Historia de México* de Lucas Alamán. El diálogo de estos dos largos textos muestra el umbral del paso al Realismo en la literatura mexicana. Tanto porque en el final ambiguo de la novela sin moraleja posible se muestra el agotamiento de lo que Erich Auerbach bautizó como modo figural, que aún era posible en *El Periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi. Como porque en la obra historiográfica aparece por primera vez lo que Franco Moretti denomina el tono serio. La combinación de las conquistas de estas dos obras define el proyecto que sólo se irá cumpliendo más adelante y paulatinamente, a lo largo de las décadas siguientes, en el terreno de la narrativa.

Palabras clave: Lucas Alamán; Fernando Orozco y Berra; *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año del 1808 hasta la época presente*; *La guerra de treinta años*.

ABSTRACT

This article studies two works published shortly after the end of the Mexican-American War of 1847: Fernando Orozco y Berra's novel *La guerra de treinta años* [*The Thirty Year War*] and Lucas Alamán multivolume *History of Mexico*. The dialog between these hefty texts sketches the entry of Mexican narrative into Realism. On the one hand, the novel, whose end rejects a moral, clearly signifies the exhaustion of what Erich Auerbach called the figural mode, and that still allowed a satisfactory activation of earlier works of the 19th century like Lizardi's *Periquillo Sarniento*. And, on the other, because the *History* signals the rise of what Moretti calls the serious mode. The combination of what these two works achieve separately will define the project for the narrative of the next five decades.

Keywords: Lucas Alamán; Fernando Orozco y Berra; *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año del 1808 hasta la época presente*; *La guerra de treinta años*.

El desastre de 1847 y la escritura

Lucas Alamán (1792-1853) se propuso escribir un libro extraordinario¹. Pero acabó escribiendo otro libro, también extraordinario. Uno que acaso ya no pudo o nunca supo leer. En estas páginas exploraré cómo su intento y su logro se entrecruzan y entran en diálogo con otro texto narrativo del siglo XIX mexicano: *La guerra de los treinta años* (1850) de Fernando Orozco y Berra (1822-1851). Los dos textos iluminan el umbral de la narrativa realista como clave escritural de la secularización.

El primer volumen de la *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año del 1808 hasta la época presente* se publicó en 1849. Alamán lo había terminado al mismo tiempo que otro historiador –el mucho menos célebre Luis G. Cuevas– redactaba los términos del tratado de paz entre México y los Estados Unidos en un pequeño pueblo de Texas llamado Guadalupe Hidalgo. El desastre de la invasión estadounidense ofrecía un momento inmejorable para repensar la historia reciente de México. Alamán lo aprovechó para intentar demostrar que las victorias liberales, a partir de 1808 y hasta la traición al Plan de Iguala, habían sido, en realidad, el camino lógico que llevaba a esta derrota.

Después de todo, el hecho de que los Estados Unidos, el gran modelo de los liberales, hubiera mostrado esta fiereza imperial –primero con el experimento de la independencia de Texas (1836), su anexión a la unión (1845) y, finalmente, con la guerra de 1847, comandada por el General Winfield Scott– adunaba a las tesis monárquicas que Alamán había propuesto en *El Tiempo* en los años inmediatamente anteriores a la publicación de su *Historia*. La derrota presentaba un excelente momento para demoler los mitos liberales sobre la Guerra de Independencia.

En este texto, me concentraré con cierta intensidad en el tratamiento de Miguel Hidalgo y Costilla (1753-1811), pues encarna ejemplarmente varias características del resto de los insurgentes que lo suceden. Pero al mismo tiempo es único: Hidalgo es la *bête noire* de Alamán. El santo del panteón liberal al que más fervorosamente desea defenestrar. Hay que admitir

¹ Después de un trabajo de décadas, Eric Van Young ha publicado su monumental biografía de Alamán, una fuente sumamente valiosa sobre su vida y su amplia obra.

que Alamán le dedica muchísimas más páginas a José María Morelos (1765-1815). Pero es Hidalgo quien obliga a Alamán a decidir cómo enfrentar uno de los grandes problemas que permiten una lectura unificadora de su gran estudio de la Guerra Independencia. Hidalgo lo obliga a plantearse el problema de cómo desmontar un mito². Esto es: a ser moderno.

Alamán fue conservador en sus políticas mas no en su escritura. Hubiera podido serlo de haber sustituido a los héroes insurgentes por héroes realistas. El candidato más obvio para sustituir a Hidalgo, una vez defenestrado, sería el General Félix María Calleja (1753-1828), quien logra coronarse virrey. Logra, además, vencer a Morelos, el más peligroso de los generales insurgentes. Pero, por otra parte, acaba volviendo a España, sin haber logrado la victoria definitiva. A disfrutar de una fortuna enorme cuyo origen en los tejemanejes con la oligarquía de la Nueva España ha probado irrefutablemente Juan Ortiz Escamilla.

En la versión de Ortiz Escamilla, el militar valenciano es, en realidad, un patriota de su propio bolsillo. Aunque no en la de Alamán. Pero no es por sus dineros sucios ni por el arco interrumpido de su ascenso que Alamán decidió renunciar a colocar a Calleja en el zócalo que ocupaba Hidalgo. Una de las iluminaciones de Alamán es que no convenía demoler a un héroe para poner a otro en su lugar. Prescindir de héroes no es fácil. Para contar una historia –o las historias de la Historia– la presencia de unos pocos que hacen mucho parece necesaria.

No estoy afirmando que Alamán deseara o pudiese abandonar por completo esta confianza en la eficiencia del héroe, que es la manera de contar que recibe de la tradición historiográfica. De hecho, Alamán apoya partes sustanciales de su recorrido privilegiando las hazañas y errores de un solo personaje. Los volúmenes de la *Historia* tienen más que ver con las urgencias del impresor³. Pero los libros en que estos volúmenes se subdividen pueden resumirse casi siempre por el nombre propio que los gobierna. Así el volumen I se divide en dos libros: uno dedicado a las primeras inquietudes independentistas y el otro a Hidalgo. El libro tercero, está dedicado a las campañas de Morelos hasta su salida de Cuautla en mayo de 1812. En el extraño libro cuarto, conviven una larga desviación a las Cortes de Cádiz y la tercera campaña de Morelos. El libro quinto culmina

² La mejor fuente contemporánea sobre Hidalgo es el libro de Carlos Herrejón Peredo *Hidalgo: maestro, párroco e insurgente*. En el campo de la ficción, la figura del prócer no encontró una formulación interesante sino hasta 1981, cuando Jorge Ibargüengoitia publica *Los pasos de López*. En 2010, con el bicentenario, hubo una nueva ola de intentos. Entre lo rescatable, vale la pena señalar la película de Antonio Serano.

³ El libro aparece publicado por la imprenta de José Lara.

en el Congreso de Chilpancingo en septiembre de 1813. El libro sexto sigue a Morelos hacia la Constitución de Apatzingán, y a su derrota final y muerte (1815) en el séptimo. Gran parte estos libros también trata de Calleja. El volumen V, el más robusto de todos, anuncia que en él comienza la parte segunda de la obra. Por lo que empieza de nuevo a numerar los libros. El primero cuenta la consumación de la Independencia en 1821, por Agustín de Iturbide (1783-1824). El segundo, el Imperio Mexicano hasta el fusilamiento de Iturbide en Tamaulipas y un veloz recorrido hasta el presente infausto.

Pero es imperativo insistir que el primer logro brillante de Alamán en tanto narrador: es crear protagonistas condenados a dejar de ser héroes, y, por ende, a recuperar su dimensión humana: sus errores, sus debilidades, su inevitable derrota.

La guerra de treinta años

La guerra de treinta años de Fernando Orozco y Berra es rigurosamente contemporánea a la *Historia* de Alamán⁴. Una década antes de su publicación se había fundado *El Ateneo Mexicano*, donde Luis de la Rosa publicara “Carácter y objeto de la literatura” y José María Vigil “Carácter y objeto de la literatura”. Ambos textos discutían el prefacio a *Cromwell* de Victor Hugo, mostrando un diálogo propio con el Romanticismo. Para 1849, Francisco Zarco impulsa un nuevo grupo literario, el amparado en el Liceo Hidalgo (Barrera Enderle 164-165). Es la época entre los “muchachos de Letrán” (que incluyen a Manuel Payno y Guillermo Prieto, apadrinados por Quintana Roo) y la de Ignacio Manuel Altamirano, que sería un joven lector de Orozco y Berra.

A pesar de su título en *La guerra*, no se narra ningún hecho bélico. La guerra es la de Gabriel, su protagonista, contra su propia virginidad. Una y otra vez Orozco y Berra logra crear situaciones en que la conquista parece inminente pero acaba por frustrarse. Sin saberlo, pues Sigmund Freud nació seis años después de la publicación de esta novela, Gabriel dibuja la espiral de la pulsión, aquella en la que siempre se evita la meta a la que aparentemente apuntaba el sujeto.

Leemos muy al inicio de *La guerra de treinta años*: “Me llamo Gabriel, y nací predestinado al martirio. A falta de verdugos barbones y atezados como los que salen en los dramas, nacieron las mujeres, que sin matar de un hachazo, saben desgarrar el corazón con la sonrisa en los labios y el rubor en la

⁴ La única reedición de esta novela que existe data de 1981. Se trata de la versión resumida por Héctor Perea. No se volvió a imprimir y hoy es prácticamente inconseguible.

frente” (I: 22; modernizo la ortografía en todas las citas). La predestinación y el uso del término hagiográfico “martirio” de inmediato convocan la posibilidad religiosa, del mismo modo que el primer episodio narrado el protagonista autodiegético:

Yo fui enviado a la amiga, casa de educación ambisexual, donde los varoncitos primero aprenden a tejer cordones y ensartar la aguja, que a leer o a rezar.

[...] Entre las niñas que iban había una de muy cerca de quince años, que aún aprendía a coser.

Bonita debía ser Chucha para que yo, de siete u ocho años, lo conociese. Pero de siete años ni la iglesia considera a un niño capaz de pecar.

Seguramente era yo uno de los más malcriados porque Chucha me veía con repugnancia. ¿A mí qué me importaba? No por eso me parecía menos bonita.

Chucha estaba un día preocupada con su labor, agachada sobre su almohadilla; pasé junto a ella; vi que la ocasión era oportuna, y pasándole mi brazo por el cuello, cuando ella volteó la cara a ver quién la interrumpía, le planté un beso y eché a correr riéndome de mi travesura: por travesura lo hice, por molestar a la que me veía con repugnancia (I: 12-13).

Esta precocidad apunta en dos direcciones: el niño aparece como precursor del adulto; la niña, quien para el siglo XIX ya estaba prácticamente en edad casadera, como la primera de la serie de las mujeres-verdugos de Gabriel.

Sin embargo, hay un aspecto más que algunos lectores críticos del libro han señalado. En sus *Revistas Literarias*, Ignacio Manuel Altamirano, escribió que *La guerra* era una:

novela bellísima, original, escéptica, sentida, que respira voluptuosidad y tristeza, y que es la pintura fiel de las impresiones de un corazón corroído por el desengaño y por la duda, y que había entrado en el mundo ávido de amor y de goces [...]

La guerra de treinta años es la historia de un corazón enfermo; pero es también la historia de todos los corazones apasionados y no comprendidos. Fernando Orozco fue muy desgraciado, murió joven y repentinamente, poco después de la publicación de su novela, que es la historia de su vida. Los personajes que en ella retrata, vivían entonces, viven aún; y los jóvenes, a quienes su narración interesó en un alto grado, hacían romerías para ir a conocer a aquella ingrata Serafina que fue la negra deidad de los amores del autor (30-31).

No obstante, después de generar este entusiasmo inicial, la novela deja de interesar. En su reciente libro sobre el siglo XIX, Christopher Domínguez vuelve a aplaudirla y también se

pregunta por qué fue tan rápidamente olvidada. Dice que acaso en los años inmediatamente posteriores al desastre de la Guerra del 47 “debió parecer una frivolidad” (581). Sugiere que acaso haya que leerla a la luz de Stendhal, pero no el de *Rojo y negro* sino el de la *Vida de Henry Brulard* (581). Agrega, discutiendo la lectura de Altamirano, que éste no pudo ver que “en efecto, *La guerra de 30 años* era la novela de un escéptico, de la clase de escéptico que Nietzsche admiraba en Stendhal” (582). Este escepticismo, que menciona el propio Orozco y Berra –este libro “de todo tiene y principalmente de amor: amor mezclado con el desaliento y la tristeza; amor a la moda del siglo, escéptico, ideal y... todo lo demás que nos traen los vientos allende los mares” (I: 6)– es importante pues es uno de los caminos para entender el funcionamiento de la novela. Uno, además que me permite leerla iluminada por e iluminando a la *Historia* de Alamán. Otro profundo escéptico.

La de Orozco y Berra es una novela que sabe que ya no puede ser picaresca, pero tampoco entiende cómo ser realista. Así, aunque segrega series de aventuras desafortunadas, éstas no generan un saludable efecto pedagógico, como en la picaresca. Pero tampoco saben dejar de ser meramente episódicas: una de las conquistas más importantes (y arduas) de la novela realista.

En su lectura de *La guerra de treinta años*, Elías José Palti intenta ajustar la novela a un modelo figural. Erich Auerbach llama figural a la lógica literaria que relaciona dos personajes o acontecimientos históricos con el mismo nivel de existencia, anclados en un tiempo o espacio concretos --no es que uno sea un personaje real y otro una personificación alegórica-- haciendo de uno la prefiguración de otro. El segundo da sentido definitivo a los hechos de su precursor. El ejemplo central de relación figural es la que permite leer, en la Biblia, a Adán a la luz de Cristo. O a los profetas completados por los santos, a la manera que muchos ciclos pictóricos tempranomodernos plantean.

El modelo para Palti es la *Commedia* de Dante, que es el punto culminante del largo desarrollo de lo figural según la minuciosa lectura de Auerbach. De acuerdo con este modelo, la novela de Orozco y Berra debería ser leída ajustándola al arco formado por la caída, luego la purgación y, finalmente, la redención del personaje. La lectura es ingeniosa pero no satisfactoria, pues en realidad la figura no se completa. Y allí resulta clave el escepticismo del narrador-protagonista. El escepticismo es el síntoma de que la novela de Orozco y Berra no puede culminar figuralmente, aunque permanentemente se sugiere esta vía: como discutiré más abajo, la serie de las

protonovias de Gabriel no termina en una esposa o una amante que le dé final a la guerra⁵.

El escepticismo, entonces, debe ser leído como síntoma la pervivencia de un tramado que ya no responde a las necesidades del espíritu de época; pero también, al mismo tiempo, como la intuición de que no se domina la forma nueva que permitiría transmitirlo de manera cabal.

Acumulación

Este escepticismo en tanto sospecha de no sólo de un relato sino de la forma que permite formularlo, salta al ámbito público tras la humillación de 1847. Desde esta perspectiva quiero iluminar en el mismo espacio crítico a la *Guerra de Orozco y Berra* y a la *Historia de Alamán*.

La serie de los insurgentes (Hidalgo, Morelos, Francisco Xavier Mina) y de los contrainsurgentes (Juan Antonio Riaño, Calleja) convergen en Iturbide. Pero el fracaso de su “imperio” y su fusilamiento cuando, pocos meses después de su exilio, desembarca en Tamaulipas, *des-figuran* esa solución. La cadena de desastres que sigue y que culmina en la invasión estadounidense, impide la activación de la hermenéutica figural en el relato de la patria.

En este momento nos vemos obligados a pensar qué hacen Alamán y Orozco y Berra con los materiales que acumulan, pues ya que no es posible hacerlos cristalizar de manera figural. Partamos de sus moléculas, donde hay zonas de coincidencia interesantes. Véase este pasaje de *La guerra de treinta años* donde Gabriel describe a otra mujer mayor que él, su primer amor cuando ya es adolescente:

Agustina era una mujer de alta y proporcionada estatura; gruesa pero de talle flexible; una blancura exquisita; unos ojos de azabache; un cuello y una espalda provocantes: su hermosura había sido proverbial en todo Madrid, y a los cuarenta años era todavía bastante buena moza para tener pretendientes y llamar la atención (I: 16).

El dibujo resuena con esta descripción de Ignacio Allende en Alamán: “Tenía de 35 a 40 años, era de hermosa presencia, muy diestro a caballo y en todas las suertes de torear y otras del campo, de cuyas resultas tenía estropeado el brazo izquierdo, resuelto precipitado, de valor, muy inclinado al juego y a las mujeres y a toda clase de disipaciones” (I: 355-356). Hay entre

⁵ Discuto tanto la recepción de Altamirano como la lectura figural que propone Palti en mi “Religión y literatura: notas para una economía”.

los dos un aire de época, una semejanza. Los libros de historia eran literatura a mediados del siglo XIX.

Sin embargo, cuando los materiales se examinan en pasajes narrativos y no meramente descriptivos, comienzan a aparecer diferencias significativas entre los dos textos. Alamán cuenta que en 1800 una mujer llamada Manuela Maldonado delata una conspiración que había de alzarse el día de la Virgen de Guadalupe. Dice que la esposa del prisionero José Gerónimo Pérez le contó que parte de las velas del Santuario del Tepeyac son incendiarias, que los rebeldes aprovecharán el caos en la iglesia en llamas para volar el palacio del virrey. Después del éxito del plan, un indio llamado Mariano será coronado en Tlaxcala como el rey mago faltante: el correspondiente a las Américas. Desde luego, nada de esto logra probarse. Pero, comenta Alamán con fina ironía, José Fernando Abascal se convirtió en virrey de Buenos Aires y más tarde del Perú como recompensa por haber conjurado este peligro (I: 59).

Me encantan las historias disparatadas. Pero sé también que estas anécdotas no son inocentes. El historiador de talento, después de fascinarnos con su trama improbable, nos da a entender su uso: Alamán dice que cada una de estas conspiraciones, carentes de importancia en sí mismas, la adquieren porque lo que está haciendo es “acumular materiales”, expresión que Alamán usa al cerrar la historia de la conjura (I: 59).

Acumular materiales. ¿Para qué? Para mostrar cómo la nación ejerce su leve eficacia. Los retazos del pasado se unen en una bandera que ondea en el futuro. Hay que pensar en los elementos de la conspiración alucinada. No en la historia sino en sus fragmentos: La importancia fundante de la Virgen de Guadalupe, cómo los indios encarnan una violencia aterradora que corría bajo la supuesta felicidad de la Nueva España de las Reforma Borbónica, al final la guerra de Hidalgo carece de originalidad.

Los materiales que acumulan las 700 páginas de *La guerra de treinta años* son en buena medida un largo catálogo de mujeres que debieran ajustarse a una matriz. En este sentido la lectura de Palti es persuasiva: Agustina es la cortesana, Luisa la preceptora que lo educa, Serafina el amor no logrado, Ángela el amor puro, etcétera. En todo esto Gabriel permanece en el invariable centro de las acciones. Cambia de ciudad –escribe Burgos y Madrid, para contar lo que había sucedido en Puebla y México– pasan los años, pero no hay más protagonista que él mismo⁶. Pero, además, los personajes cambian muy poco: ni ellas

⁶ Lo mismo sucede en la novela de Justo Sierra O'Reilly *Un año en el hospital de San Lázaro* (1845), otra de las obras narrativas importantes del momento. Sierra O'Reilly desaprovecha casi por completo las posibilidades de mundo que genera el intercambio epistolar que sostiene su novela. Pues no se sirve de

salen de su tipo ni él parece lograr mucho provecho de su interminable serie de derrotas. Gabriel no sabe devenir el elemento que acabe controlando la proliferación de la serie.

Comparemos a dos personajes importantes de los libros de Orozco y Berra y de Alamán.

Hidalgo antes de Dolores

Comienza diciendo Alamán:

Nació D. Miguel Hidalgo y Costilla el año de 1747 en el pueblo de Pénjamo, en la provincia de Guanajuato. Su padre D. Cristóbal Hidalgo era nativo de Tejupilco en la intendencia de México, y habiéndose establecido en Pénjamo, casó allí con Doña Ana María Gallagmandarte con quien tuvo cuatro hijos, el segundo de los cuales fue D. Miguel, y de otros matrimonios sucesivos tuvo otros muchos, de donde proceden los descendientes que hay con diversos apellidos. Don Cristóbal se trasladó con su primera mujer y los cuatro hijos que en ella tenía, a la hacienda de Corralejo, de la que fue nombrado administrador y en ella se educaron estos, dedicados a las ocupaciones del campo (I: 351).

Estos datos, estos materiales, que autoriza como de “la historia manuscrita del doctor Arechendeta que lo conoció mucho personalmente, y de los informes de los parientes del mismo cura [...] que me ha proporcionado el P.D. Mucio Valdovinos” (I: 351n) no se le salen de madre al minucioso Alamán. Le sirven como origen de los saberes de Hidalgo en el campo de batalla. Había tenido una primera juventud práctica, de hombre de campo. Más adelante, los usa para señalar cómo ante la necesidad de darle futuro a su numerosa descendencia, Cristóbal Hidalgo manda a sus cuatro hijos mayores

a Valladolid, destinándolos a la carrera eclesiástica, a la abogacía y medicina, que eran las profesiones que solían abrazar los hijos de los que, como el administrador de una hacienda, podían hacer los gastos de una educación literaria, para proporcionarles un porvenir que no podían prometerse de la herencia que pudiera dejarles (I: 351).

Hidalgo es un hijo criollo de la no muy numerosa clase media. Tiene una primera juventud de campo y una segunda

las posibilidades que abren los circuitos comunicativos que excluyen al protagonista, a la manera, de *Las relaciones peligrosas* de Laclos.

juventud literaria. Con lo que este adjetivo quería decir en el siglo XIX:

Se distinguió en los estudios que hizo en el colegio de San Nicolás de aquella ciudad, en el que después dio con mucho lustre los cursos de filosofía y teología, y fue rector del mismo establecimiento. Los colegiales le llamaban el “zorro,” cuyo nombre correspondía perfectamente a su carácter taimado (I: 351).

Aquí quien resulta taimado es Alamán. Excava el archivo. Acumula materiales. Admite la capacidad intelectual de Hidalgo. No se atribuye el apodo. Pero aprovecha el vuelo de la oración para ratificar la opinión de los alumnos del Colegio de San Nicolás.

No es el único momento que Alamán narra de esta manera en la historia de los primeros años de Hidalgo. Después de señalar que en 1778 o 79 recibe las órdenes sagradas y el grado de bachiller en teología, Alamán agrega: “Pues aunque, según se dice, el cabildo eclesiástico de Valladolid le franqueó más adelante cuatro mil pesos para los gastos y propinas del grado de doctor, los perdió al juego en Maravatío, al hacer el viaje a México para solicitarlo” (I: 351-352). Y aunque Alamán no garantiza el rumor, tampoco lo desmiente. Gracias a la acumulación de materiales, y a su infatigable ocupación del sur de sus páginas con sus notas mitad eruditas y mitad belicosas, Alamán puede permitirse la entrada del rumor maledicente, que agrieta a los héroes de una sola pieza.

El joven Gabriel

Aunque la transformación de Gabriel, lo que debería de pasar en un Bildungsroman, no pasa nunca, como se verá un poco más abajo. Hay pasajes de apercepción, sobre todo cuando rememora sus primeros años, que merecen la relectura. Después de que Agustina, la cuarentona, lo deja entrar a su recámara y lo tienta, Gabriel huye aterrado. Desde otro momento de su vida, reflexiona:

Hoy, corrompido ya mi corazón, es incapaz de sentir los mismos afectos, y no puedo describir aquel estado violento, en que tan pronto me punzaba un remordimiento, como me dejaba arrastrar del torbellino de placeres desconocidos que me prometía aquella mujer: sentía yo un calor seco, árido, quemante, me deslumbraba la luz, me tostaba el sol... Cuando al cabo de algunas horas pude calmarme, me quedó un desabrimiento, una tristeza, un terror, como si en efecto hubiera cometido un crimen... temía yo que al llegar a mi casa

me conocieran en los ojos de dónde iba y lo que había pensado (I: 21).

Gabriel adulto rememora al muchacho. Y aunque insiste en que ya no puede sentir lo mismo que sintió, evoca muy bien la sensación de la tristeza *post-coitum*, solo que sin haberse producido ninguna relación sexual. Esto es ya un triunfo notable de la construcción de una singularidad. El problema es que, como se verá más abajo, el adulto que enuncia, el que se dice de corazón corrompido, nunca se produce *narrativamente*. El personaje, sin importar cuánto nos adentremos en el libro sigue siendo el mismo ingenuo. Por eso son mucho más satisfactorios sus pasajes de insatisfacción juvenil. *Fail again*, pensamos al seguir al muchacho, *fail better*, lo aconsejamos con Beckett. El problema es que sus desastres no son mejores.

Veamos, en cambio, lo que pasa con Hidalgo más adelante.

El cura de Dolores

Alamán ha sentado el origen de clase de Hidalgo. Sus capacidades y los límites de sus capacidades. Ahora es necesario afincarlo: que Miguel Hidalgo se convierta en lo que siempre ha sido en ese idioma de epítetos que es la historia patria: el cura de Dolores.

Cuando muere Joaquín, su hermano mayor que sí había logrado ser doctor, Miguel hereda su curato. Esto puede parecer trivial. Pero en una obra tan abigarrada como la *Historia* de Alamán, tan llena de detalles y precisiones, las repeticiones son mojones importantes. Nos orientan. Las leves usurpaciones de Hidalgo, poco a poco, se suman y adquieren masa. Esto es crucial en un protagonista moderno. No es capaz de los altos actos sofocleanos. Ni siquiera de las intensas pasiones de un Otelo o de una Julieta. Aún no consigue llegar al universo de frustraciones sin reacción que inventa Chéjov y extrema Proust en su Swann. Pero se mueve en esa dirección con pasos más seguros que el personaje de Orozco y Berra.

“Traduciendo el francés, cosa bastante rara en aquel tiempo, en especial entre los eclesiásticos, se aficionó a la lectura de obras de artes y ciencias, y tomó con empeño el fomento de varios ramos agrícolas e industriales en su curato” (I: 352). En efecto, Hidalgo estableció diversas factorías: una ladrillera, un horno de cerámica, una curtiduría; además criaba abejas. Pero no creo ser el único que oye el eco de un tal Alonso Quijano en esa dicción “se aficionó a la lectura de obras de artes y ciencias”. Un Quijote del hágalo usted mismo.

Naturalmente, había cosas peores que se podían leer en francés que los libros de ciencias y oficios: a los literatos que

puede frecuentar alguien “poco severo en sus costumbres” y sobre todo a los *philosophes* que, sin mencionar, Alamán convoca al precisar que Hidalgo no era “muy ortodoxo en sus opiniones” (I: 352).

Es mucho lo que Alamán sabe dejar sugerido. Por eso triunfó en la política. Mucho lo que dice de pasada y cristaliza en sus lectores (un punto al que volveré más abajo, al regresar a Orozco y Berra) aunque a veces no puede renunciar a la iniciativa y se adelanta a las acciones:

Bustamante en su *Cuadro histórico*, atribuye la disposición que encontró Hidalgo en sus feligreses para entrar en la revolución, al descontento que les causaba el no poder aprovechar la uva para hacer vino, por las prohibiciones que había en favor de la agricultura de España y a la miseria a que por esto se veían reducidos. Todo esto es falso: no había tal miseria, pues en toda la provincia de Guanajuato, la agricultura prosperaba por el influjo de las minas de aquel mineral, ni las cosechas de uvas eran ni son para fabricar mucho vino, consumiéndose toda la uva en grano en Guanajuato. Después de cerca de cuarenta años de completa libertad de este ramo, no se hace en Dolores más que poco y malísimo vino que no se usa más que para decir misa.

Don Agustín Hidalgo, sobrino del cura, en los apuntes que me ha dado acerca de su tío... atribuye la resolución de aquél a hacer la independencia a haberse detenido en la secretaría del virreinato el permiso que había obtenido del rey para el cultivo de la vid: mas el mismo cura no dice ni una palabra de tal ocurrencia en su causa, en que, como veremos, atribuye su resolución al deseo de la independencia, por razones de conveniencia general (I: 352n).

No son las de la vid, las únicas labores que le sirven a Alamán para hacer agromancia. Veamos cómo lee los esfuerzos de Hidalgo por producir seda:

Preguntándole una vez el obispo Abad y Queipo qué método tenía adoptado para picar y distribuir la hoja a los gusanos según la edad de estos, separar la seca y conservar aseados los tendidos, sobre lo que se hacen tantos y tan menudas prevenciones en los libros que tratan de esta materia, le contestó que no seguía ninguno y que echaba la hoja como venía del árbol y los gusanos la comían como querían: la revolución, me decía con este motivo el obispo, de quien sé originalmente esta anécdota, fue como la cría de gusanos de seda, y tales fueron los resultados (I: 353-354).

Poco a poco, Alamán va construyendo a un ser humano. Rodeado de su paisaje y sus industrias. Termino esta sección con un último rasgo de carácter:

el ser no solo franco sino desperdiciado en materia de dinero, lo había hecho estimar mucho de sus feligreses, especialmente de los indios, cuyos idiomas conocía, y apreciar de todas las personas que, como el obispo electo de Michoacán [el antes mencionado] Abad y Queipo, y el intendente de Guanajuato Riaño, se interesaban en los verdaderos adelantos de país (I: 353).

Hidalgo encarna la liberalidad en el sentido equivocado, pues es manirroto. Es capaz de comunicarse con los indios, lo cual resultará incluso más peligroso que su inclinación al francés. Pero también encarna el punto de encuentro entre los personajes que admira el conservador Alamán. Los personajes que saben cómo llevar a cabo el progreso. A uno ya lo encontramos arriba: el obispo Abad y Queipo. El otro, Riaño, cumple un papel crucial en la obra.

Exjuven

Para comprender mejor el talento de Alamán, ayuda oscilar una vez más hacia *La guerra de treinta años*. Salto muchos episodios, muchos nombres, muchos bailes para estar ya en el segundo volumen del libro:

El carnaval terminó por fin; con la aurora salí del teatro después de haberme despedido de Isabel a quien prometí ver muy pronto. Cuando llegué a mi recámara y cerrando las puertas para evitar la luz del sol, me tiré medio muerto en la cama, donde tuve un rato de delirio y amargura. El tiple de las máscaras y la música resonaban en mis oídos; veía pasar mil fantasmas extrañas por la imaginación; miraba en derredor de mi cuarto y desconocía los muebles, las figuras, las sombras que se producían... El recuerdo de siete años de esperanzas perdidas, me hacían prever un porvenir entero vacío y triste; el remordimiento de perder la existencia como hasta aquí en el ocio y los placeres me amargaba... el recuerdo de Isabel no podía consolarme; no era ella mi objeto, sino Serafina; por quien hubiera sacrificado todo (II: 111-112).

El muchacho, que era demasiado niño, repentinamente es un viejo prematuro. Ha desperdiciado los mejores años de su vida sin vivirlos. Y lo que es peor: sin saberlos narrar. Explico: aunque la novela, como he repetido, es considerablemente larga sus fragmentos, donde queda claro que Orozco y Berra no carecía de genio para el instante se desgastan por la repetición sin diferencia. En contraste con Alamán, Orozco y Berra no logró aprender cómo hacer que los materiales de las aventuras cristalizaran en un carácter.

Por esto me ha parecido tan importante subrayar, en mi antes citado “Religión y literatura”, lo que hay que llamar tecnologías sacramentales, siguiendo la sugerencia pionera de Kari Soriano Salkjelsvik. Existen momentos en la narrativa – típicamente marcados por un sacramento– en que lo episódico cristaliza. La tecnología sacramental permite que una serie de hechos sueltos se suelden, adquiriendo sentido retrospectivo. En *La guerra de treinta años*, como el muchacho ni se casa ni recibe en su lecho de muerte la confesión final para la extremaunción, su vida se desborda: el mismo no logra comprender qué sentido ha tenido todo. Aunque la novela termina junto a un lecho de muerte, Ángela no tiene pecados que contar y Gabriel no sabe aprovechar el momento para hacer su propia confesión general.

No obstante, la repetición empecinada del fracaso de Gabriel y, sobre todo, de su incapacidad de aprender, no son completamente improductivas. Es imposible no sospechar, ya no del joven Gabriel o del Gabriel narrador o incluso del ingenuo Orozco y Berra. Al final, se va produciendo la sospecha de que esta fábula del ignorante implica un saber: lo que Gabriel tendría que haber hecho en cada uno de sus tropiezos. No hay un sujeto del saber sexual, sino un objeto. Mientras Gabriel se desangra en su locuacidad, este objeto silencioso es el libro que Orozco y Berra (no) escribió, o el que dejó entrescrito y ya no alcanzó a releer. Esto, a su vez, me permite pensar en un aspecto muy oculto en la obra de Alamán: su uso recoleto de la primera persona.

Riaño y Alamán

Alamán conoció a Hidalgo. Dada la cercanía entre Dolores y Guanajuato, el cura ilustrado se sentía naturalmente atraído por la rica ciudad y la visitaba con frecuencia. Así lo recuerda Alamán:

Era de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos verdes vivos, la cabeza algo caída sobre el pecho, bastante cano y calvo, como que pasaba ya de sesenta años, pero vigoroso, aunque no activo ni pronto en sus movimientos: de pocas palabras en el trato común, pero animado en la argumentación a estilo colegio, cuando entraba en el calor de alguna disputa. Poco aliñado en su traje, no usaba otro que el que acostumbraban entonces los curas de pueblos pequeños (I: 354)

Como tanto en su libro, el hecho que me interesa está escondido en una nota a pie de página:

En Guanajuato, el cura Hidalgo se alojaba en casa del de aquella ciudad[, el] Doctor Antonio Labarrieta, y como éste comía

diariamente en casa del intendente Riaño, lo hacía también Hidalgo, y por este motivo, teniendo mis padres gran amistad con el intendente, tuve ocasión de ver y tratar frecuentemente a Hidalgo que visitaba también mi casa (I: 354n).

Alamán afinca su condición de testigo. Discretamente, se hace el obligado a decir yo. Pero además de ese yo rememorado, va a proyectar un yo que habita un futuro que inexistente. Un yo que, en ese aspecto, se asemeja al que Gabriel busca y echa a perder una y otra vez en *La guerra de treinta años*.

Para llegar a ese yo, en el caso de Alamán, es necesario detallar al hoy casi olvidado Juan Francisco Riaño. Riaño fue uno de los jóvenes oficiales que se distinguieron en el sitio de Pensacola en 1781. Había contraído matrimonio en Nueva Orleans con una dama que llevaba el inolvidable nombre de Victoria de Saint Maxent, que era hermana de la mujer de Bernardo de Gálvez. En su casa se hablaba francés. Gracias a la protección de Bernardo de Gálvez, que había comandado la acción de Pensacola, Riaño fue nombrado intendente de Guanajuato.

Además de un militar de nota, Riaño resultó un muy buen burócrata que favoreció la minería, estaba bien versado en astronomía y poseía una rica biblioteca que puso a disposición del joven y talentoso Lucas Alamán. La educación de Alamán le debe mucho a este afrancesado.

Cuando Hidalgo marchaba sobre Guanajuato, su antiguo amigo Riaño decidió usar como fuerte la Alhóndiga de Granaditas, que él mismo había mandado a construir para almacenar granos. Allí murió casi inmediatamente después de que comenzara la batalla. Este es uno de los dos momentos cruciales del arranque de la *Historia*:

Entregose la plebe al pillaje de todo cuanto se había reunido en la alhóndiga y todo desapareció en pocos momentos: Hidalgo quiso reservar para sí las barras de plata y el dinero, pero no pudo evitar que lo sacasen y después se les quitaron algunas de aquellas que se les pudieron encontrar, como pertenecientes a la tesorería del ejército, y que por esto no debían ser comprendidas en el saqueo [...]

Los cadáveres desnudos, se hallaban medio enterrados en el maíz, en dinero, y todo manchado de sangre (I: 435).

Granaditas es el momento de la revelación de la furia al rojo blanco del pueblo contra las élites. Hidalgo, con todas sus cualidades y encantos, es vencido por la masa a la que supuestamente conduce:

Quiso Hidalgo hacer cesar tanto desorden, para lo que publicó un bando el domingo 30 de septiembre; pero no solo no fue

obedecido, sino que habiendo quedado nada en las casas y en las tiendas, la plebe había comenzado a arrancar los enrejados de fierro de los balcones y estaba empeñada en entrar en algunas casas de mexicanos, en que se le había dicho que había ocultos efectos pertenecientes a los europeos. Una de las que se hallaban amenazadas de ese riesgo era la de mi familia, en cuyos bajos estaba la tienda de un español muerto en la Noria de Dolores, llamado don José Posadas, que aunque había sido ya saqueada, un cargador de la confianza de Posadas dio aviso de que en un patio interior había una bodega con efectos y dinero que él mismo había metido. Muy difícil fue contener a la plebe, que por el entresuelo había penetrado hasta el descanso de la escalera, corriendo yo mismo no poco peligro, por haberme creído europeo (I: 438-439).

Alamán continúa la narración de este episodio en una nota al pie de página: “Una porción de indios echó mano de mí en el descanso de la escalera de mi casa y me sacaba por el entresuelo que comunica con él, cuando los criados y algunos de la plebe de Guanajuato que me conocían, les hicieron que me dejasen en libertad” (I: 439n).

La muerte de Riaño y la casi ejecución del futuro historiador Alamán son parte de los materiales que se acumulan en *Historia*. Pero en este caso descifran lo que se oculta tras el velo retórico de la imparcialidad. Si Riaño hubiera sobrevivido, no es improbable que ascendiera hasta ser virrey. No es imposible que más tarde deviniera lo que no llegó a ser Iturrigaray: el deseado rey de un México semi-independiente. Del reino que en algún momento Calleja afirmará que es Nueva España. Aunque desde luego esto no sucede, impregna de manera intensa toda la *Historia* del mismo modo que la seducción triunfante de Gabriel en *La guerra de treinta años*. Éste es el secreto del libro. La *Historia* se enuncia desde una Nueva España que ha vencido a los Insurgentes. Una Nueva España donde Alamán es la eminencia gris, cobijado por el virrey Riaño a quien seguramente aconseja. Riaño y no Antonio López de Santa Anna⁷.

Esta Nueva España que la *Historia* no eligió, pues fue necesaria su abolición para que se pudiera fundar el Estado mexicano, tiene un nombre: nación. No soy yo quien ha atinado con este nombre hermoso y breve y contundente sino Kojin Karatani. En su libro *The Structure of World History* dice que el Estado moderno es la condición idónea para la expansión del

⁷ Poco a poco, en las batallas de la Guerra de Independencia aparece y reaparece el nombre de un joven oficial realista: Agustín de Iturbide que se toma la molestia de medir las leguas que ha recorrido en campaña. Como si fuera un Fitbit. Y un poco menos, pero también con frecuencia creciente, un tal Antonio López de Santa Anna, que ya en 1811 había empezado a destacar por sus capacidades en el campo de batalla.

Capital. Añade que la nación son las posibilidades abolidas para hacer que progrese la alianza entre Estado y Capital. La nación, agrega, sigue siendo imprescindible. Los afectos que permiten el funcionamiento del Estado-Capital no provienen nunca del Estado ni del Capital. Los afectos circulan desde la nación.

Por lo tanto, toda historia de un Estado supone una nación abolida y amada, que late poderosamente entrelíneas. La nación como su pasado arruinado. Pero también una virtualidad que titila en el futuro: eso es la monarquía que Alamán, desde su periódico *El Tiempo*, propone sin ambages en la década de 1840.

Alamán justifica su animosidad contra Hidalgo argumentando que había desatado al pueblo, por crear una violencia que hasta el mismo Bustamante admite, aunque trata de limitarla al rencor que ejerce “la indiada”. Le recrimina además carecer de un plan. Muestra con una anécdota el desastre que es su ejército. Un capitán, José María Liceaga le señala “a Hidalgo que en Guanajuato no había galoneros que supiesen hacer las charreteras distintivas de aquel empleo, lo ascendió a teniente coronel, porque era más fácil encontrar galones para ponerse en la manga los dos, que eran la divisa de este grado” (447).

Aunque cada hecho que presente Alamán esté sustentado por la Historia, en realidad por debajo de los razonamientos –*in his heart of heart* dice Hamlet– lo que siente es odio. Odio porque Riaño no llegó a rey de México y porque él mismo, español por un instante, aunque se salvó de ser ejecutado, nunca deja atrás la vejación por la masa morena, esa “porción de indios”, “la plebe”.

En una página inolvidable, Alamán señala la inclinación de Hidalgo por el hágalo usted mismo. Cuenta que, en enero de 1810, Hidalgo toma prestado de casa de su amigo José María Bustamante un tomo de su diccionario de artes y oficios (I: 319). Una de las primeras órdenes de Hidalgo tras tomar Guanajuato fue la de establecer una casa de moneda. Puso a un par de falsificadores a cargo de la fundición. El diseño de la moneda lo toman justamente del diccionario de artes y oficios. Alamán admite que las monedas eran más perfectas que la que se acuñaban en la Ciudad de México (I: 387).

Otra de sus órdenes es la de establecer una fábrica para hacer artillería. Designa a un antiguo estudiante del Colegio de Minería para dirigirla. En el tomo del diccionario que le había prestado su amigo aparecía un artículo sobre la fundición de cañones, que son más fáciles de hacer que las pistolas o los mosquetes. Uno de los cañones que se hicieron en Guanajuato se llamaba “Defensor de la América”, nos dice Alamán, acumulando materiales (I: 387). Resultó casi inútil. El problema eran las

cureñas. Esta es una de las palabras cruciales para entender la derrota de Hidalgo. Sus cañones, incluso los mejor forjados, eran armas paralíticas porque estaban mal montados y resultaba sumamente difícil cambiar la dirección y el ángulo en que apuntaban. Otras palabras que forman parte de la constelación de su ocaso son multitud, disciplina, saqueo, degüello.

Hidalgo muy pronto se vio seguido por miles y poco más tarde decenas de miles. Esta multitud estaba pobremente armada y carecía de disciplina. Un militar llamado Manuel Gallegos le propone deshacerse del grueso de su ejército y quedarse con 14,000 soldados para entrenarlos en la sierra de Pátzcuaro, pero Hidalgo dice que no, “esperándolo todo de la fuerza expansiva de la revolución” (I: 467). En una filosa página propagandística incluso dice que, aunque carecían de armas, casi todos los indios que lo seguían rumbo a la capital “traían consigo los sacos para llevarse lo que cogiesen” (I: 476).

Degüello es al Estado lo que saqueo al Capital: ambos justifican el uso brutal de la fuerza contra el pueblo, de la venganza que Calleja ejerce. Ya en prisión, Hidalgo confiesa que incluso cuando lo deseaba, no logró impedir el saqueo y el degüello, pues sus tropas carecían totalmente de disciplina. Confiesa, además, que la mayor parte de los ejecutados por su ejército hubiesen sido perdonados en un juicio. Para expresarlo usa la oración: *estaban inocentes* (II: 83). A Alamán le gusta ese testimonio del humillado para apoyar su libro. A pesar de todo, Hidalgo entiende que las fuerzas que desató eran necesarias. Su estatura narrativa tiene su raíz en que simultáneamente percibe la atrocidad de sus acciones y el hecho de que son inevitables. Me parece, por otra parte, que Alamán no lo comprende en tanto autor. Pero su libro lo comprende en su lugar. Esta es una de las cosas importantes que Alamán escribió sin saber que escribía que se filtraron a sus páginas desde los materiales que acumuló.

Un poco de teoría

¿Cómo pensar esta eficiencia secreta, crucial para dos de los libros más importantes de nuestro siglo XIX? Como pensar estos libros eludiendo la trampa de las “intenciones autoriales”. *La guerra de treinta años* sabe más que Gabriel y que el mismo Fernando Orozco y Berra: hay que señalar que se atreve a mirar los cuerpos desde el deseo y a sintetizarlos con una franqueza y una economía raras en todo el ámbito Latinoamericano⁸. Además, al circular obsesivamente sin nunca llegar a lo que

⁸ El único otro lugar son los avisos de esclavos huidos, publicados en la prensa brasileña del XIX, a los que apuntó en su momento que Gilberto Freyre y, como señalé más arriba, en el texto de Alamán.

Freud llamaba *Ziel*, apunta hacia la crisis de amor⁹. Pero además hay otro aspecto que es el que me interesa destacar aquí: la relación del libro con la verdad. Me permitiré un rodeo para explicarla mejor.

De los tres seminarios dedicados a la “antifilosofía”, Alain Badiou dedica el último a Jacques Lacan. Allí dice que: “L’amour de la vérité est l’amour d’une impuissance [...] Il est évident que pour Lacan, il ne peut y avoir amour de la vérité que comme amour de ce qui est impuissant au regard de la totalité. L’amour de la vérité aime en elle qu’il soit impossible de la dire toute, qu’elle soit toujours mi-dite” (159). El amor a la verdad es el amor a una impotencia, la impotencia de decir de una vez, y entonces, sólo se puede *ir diciendo*, aunque sea de manera monótona, acumulando derrotas.

Sería más fácil ignorar, como al principio, y permanecer ignorante. Después de todo, en el mismo seminario, Badiou recuerda que, de acuerdo a Lacan, entre las tres pasiones del hombre, la más poderosa, por encima del odio y del amor, es la ignorancia (158).

En ese sentido, Gabriel y su creador Orozco y Berra son valientes, pues se embarcan en la labor sin esperanza de decir toda la verdad. Esa posibilidad ha quedado atrás, en el modo figural y es irrecuperable en la era de la novela. Sin embargo, y en este adversativo me juego, sí logra que sus lectores entreveamos lo que su novela sólo puede balbucir, decir a medias. Ya en su artículo Palti había escrito “en un mundo en que no existe ni puede existir el *Amor*, el *saber* conduce necesariamente a la impotencia” (77). Y apuntaba en la dirección correcta, citando el pasaje del libro en que Gabriel se queja: “Maldita mi manía por preguntar el porqué de todas las cosas, y de analizarlas, y como en mi propia persona reconozco que el yo, el egoísmo, más o menos reprimido por el Evangelio, es el móvil de todas las acciones humanas, desconfío hasta de mi sombra, y sin fe no puedo amar a nadie” (*Guerra II*: 92, cit. en 77). ¿No es extraordinario este nacimiento del personaje escéptico? Todavía el Periquillo de Lizardi es capaz de emerger purificado de su larguísimo *Bildung*, Gabriel ya no.

Por su parte, Alamán también está obligado a decir a medias. A interrumpir lo que estaba diciendo para pasar a otra cosa. No puede permitirse, como Orozco y Berra, seguir a un solo protagonista. Con talento, salta de un teatro de guerra a otra, dejando la narración suspendida justo cuando algo crucial (y por qué no decirlo: emocionante) está por suceder. Deja, por

⁹ Esta crisis sólo acaba se planteará de manera adulta en la correspondencia que Manuel M. Flores manda a Rosario de la Peña, que he revisado en mi artículo “El razonable ateísmo de la felicidad”.

ejemplo, a los ejércitos formados justo antes de la batalla de Puente Calderón. Este es uno de sus mayores méritos como novelista, un novelista que se disfraza de científico¹⁰.

Su primer gesto autoral es afirmar al inicio de su obra que será imparcial. Esto suele pasar inadvertido. Pues se trata del pacto fundamental de la historiografía al menos hasta la llegada de Walter Benjamin. Carlos María de Bustamante –quien firmal algunas obras como “Nuevo Bernal Díaz del Castillo”– el historiador de la Guerra de Independencia que precede a Alamán en sus esfuerzos, también promete ser imparcial y naturalmente rompe su promesa¹¹. Alamán sabe que este pacto ya está muy desgastado cuando lo hace suyo. Para renovarlo de manera creíble, necesita enunciar desde una posición retórica distinta. Lo que le interesa en realidad es esta manera de enunciar. Para *parecer* imparcial finca su discurso en un modo nuevo.

Lo que estoy diciendo es que Alamán inventa el modo serio en México. Es difícil exagerar la importancia de esta contribución. El adjetivo no lo he acuñado yo. Lo he tomado de Franco Moretti. Su idea más interesante en *The Bourgeois* es que la gran invención de la novela realista es precisamente la de lo serio como modo literario. Para los personajes de las novelas del XIX, tanto el modo de la épica homérica, cuanto el del drama romántico que proponía Victor Hugo en su prefacio a *Cromwell* como eminentemente moderno, resultan igualmente excesivos.

Para impedir el espacio textual en que un personaje podría convertirse en héroe, Alamán necesita constreñirlo. Para lograr esto enuncia de modo serio. Este modo serio se abre mediante la promesa de imparcialidad y se sostiene por su imponente aparato bibliográfico y de notas (aunque, como vimos más arriba, las notas le sirvan muchas veces para ocultar momentos de gran intimidad), por el volumen mismo del trabajo.

Con esto llego al cruce paradójico de las dos obras: el primer narrador de talento en el modo serio no es un novelista sino un historiador. De hecho, *La guerra de los treinta años* hubiera perdurado mejor de haber logrado el tono serio que Alamán logró imprimir en su historia. Pero al mismo tiempo hay que señalar que Orozco y Berra crea un narrador más verdaderamente imparcial que Alamán, más apegado al proyecto interminable de *seguir diciendo* la verdad.

¹⁰ La manera en que la *Historia* resuelve estos problemas de focalización sólo se logrará en la novela con el último Payno en *Los bandidos de Río Frío* (1891).

¹¹ Sobre la relación entre Alamán y Bustamante ver mi capítulo “The Conservative Paradigm”.

Acumulaciones

Carlos María de Bustamante para su obra central, el *Cuadro histórico de la revolución mexicana* (1821-1827), usa la palabra “cuadro” en el sentido pictórico. Lo que intenta es hacer un fresco que se adelanta cien años a los murales que cubrirán los edificios públicos gracias al apoyo de Vasconcelos. En su intento de destruir ese fresco de los héroes insurgentes, Alamán optó por el mosaico de los datos, de las precisiones, de los numerosísimos personajes:

El que daba más que hacer a Calleja era Albino García: guerrillero infatigable, se presentaba de improviso donde menos se les esperaba; derrotado en un punto y cuando se creía destruido, aparecía en otro que había señalado para reunión de sus compañeros dispersos; atacaban los convoyes, cortaba las comunicaciones y espiaba por sus confidentes la oportunidad de caer sobre alguna población indefensa o desprevenida. Reunido con Cleto Camacho y Natera se hallaba ocupando Pénjamo y su jurisdicción, que por su abundancia de recursos y su posición entre las provincias de Guanajuato, a que pertenece, y las de Guadalajara y Valladolid, participaba más que ninguna otra del fuego revolucionario (II: 294).

Hay que señalar esta reaparición de los dispersos, esta intempestividad que no cesa. No se trata de Morelos avanzando sobre Valladolid o de Hidalgo desplegando su ejército en Puente Calderón. Con frecuencia se refiere a estos hombres –hay pocas mujeres en su historia y no muy bien libradas– como meros bandidos que se aprovechan de las circunstancias. La mayor parte carece de educación. Su orientación política es errática. Se aprovechan de las amnistías e indultos sólo para volver a alzarse cuando se presenta la ocasión. Pero Alamán tiene el mérito de que, a pesar de su desprecio, no deja de registrarlos.

En cada una de estas guerrillas se desmigaja el esfuerzo de los grandes jefes. Después de las derrotas de Hidalgo, de Morelos, de Mina, no dejan de aparecer estos olvidados. En estos olvidados sin calles ni placas ni novelas insiste el vector zigzagueante del deseo insurgente. Una misma energía salta de una a otra guerrilla. Se escapa circulando por esta miríada de vidas minúsculas. Efectivamente dirigidas por ambiciones mezquinas. Por campañas egoístas azuzadas muchas veces por el deseo de venganza inmediato. Desobedientes a toda forma de poder central. Pero precisamente en sus motivaciones patológicas (por decirlo con Kant) y en los cortos alcances de quienes las viven radica su posibilidad.

El libro de Alamán –estoy seguro que eludiendo el plan de su autor– acaba por mostrar lo mucho que se va sumando en el

goteo de las acciones esporádicas, en el ir y venir de un enemigo que era relativamente fácil de derrotar cuando se constituía en un ejército, pero en cambio, disperso y terco lograba asediar, incomodar y entorpecer hasta imposibilitar la práctica del virreinato.

Finales

En *La guerra de los treinta años*, llega un momento en que Orozco y Berra acaba alarmándose, con razón, por el monstruo eficiente que ha creado. Trata de controlarlo imponiéndole la lógica de la máquina balzaciana. Decide que su protagonista se enamore de una mujer (en vez de enamorarse de todas): Serafina, que no lo ama. A su vez, Ángela, muchacha perfecta, ama a Gabriel, pero éste no sabe amarla. En manos de Balzac, este tipo de planteamiento es perfecto. En manos de Orzoco y Berra, mucho menos. No hay una sola página en que parezca que Gabriel optará por Ángela. O que Serafina cederá a sus asedios, ruegos y picones. Ángela muere virgen y Gabriel ídem. Se queda esperando el amor de Serafina. Poco después de la publicación de la novela, muere Orozco y Berra.

Por su parte, el quinto y último volumen de la *Historia* apareció en 1852, pocos meses antes de la muerte de Alamán. Cuando en este robusto tomo de más de 1000 páginas cuenta la historia de Agustín de Iturbide, Alamán hace su mejor esfuerzo por separar del resto de la lucha este triunfo prácticamente incruento. Tiene razón. Pero resulta poco convincente. Y es que Iturbide vence gracias a sus antiguos enemigos. No a su pesar. Su victoria está cimentada en la paciente erosión causada en las conciencias, en la vida cotidiana. Cuando a pesar de las innumerables derrotas infligidas a los insurgentes a lo largo de una década, Nueva España está lista para convertirse en México. Alamán no logra ver que el método con que ha armado su historia, uniendo con tanto cuidado las pequeñas piezas –pobres, frágiles, defectuosas– refleja precisamente el método que los insurgentes usaron para vencer. Vencen por acumulación de materiales.

Hay que insistir que estos autores son suplementarios, sus libros deben leerse no sólo como productos del mismo momento, sino del rebasamiento irremediable del modo figural y la inauguración del modo serio que llevará hacia la novela realista. He propuesto aquí leer sus libros como artefactos que, debido a una minuciosa acumulación de materiales, acaban logrando una eficiencia que rebasa sus diseños iniciales y el control de sus autores. He explorado esta eficiencia en términos de una concepción de verdad que, contra la verdad revelada del catolicismo, sólo permite irse diciendo, poco a poco, sin

esperanza de lograr su propia totalidad. Pero que permite entrever, si no la totalidad de la verdad, al menos la lógica a la que obedece en el contexto de este nuevo mundo secular. Aunque no es este el espacio para desarrollarla, quiero terminar precisamente arriesgando una definición de lo secular, como el paso de una verdad totalizable a una verdad que sólo se puede decir parcialmente, por aproximación asintótica; lo que me lleva a pensar la secularización al proceso laborioso de aceptar este segundo modo de la verdad y a adoptar una serie de consecuencias que derivan de éste: entre ellas, la necesidad de una distinta manera de hacer historia y de contar ficciones.

Bibliografía

Alamán, Lucas. *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año del 1808 hasta la época presente*. 5 volúmenes. Ciudad de México, FCE-Instituto Cultural Helénico, 1985.

Altamirano, Ignacio Manuel. *Obras completas XIII: escritos de literatura y arte, tomo 2*. Editado por José Luis Martínez. Ciudad de México, SEP, 1988.

Auerbach, Erich. *Figura*. Trad. Yolanda García Hernández y Julio A. Pardos. Madrid, Trotta, 1998.

Badiou, Alain. *Lacan: l'antiphilosophie 3*. París, Fayard, 2020.

Barrera Enderle, Víctor. "The Emergence of the Mexican Literary Field (1833-1869)". *A History of Mexican Literature*, Ignacio Sánchez Prado, Anna M. Nogar y José Ramón Ruisánchez Serra (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2016, pp. 158-170.

Domínguez Michael, Christopher. *La innovación retrógrada*. Ciudad de México, El Colegio de México, 2016.

Freyre, Gilberto. *O escravo nos anúncios de jornais brasileiros do século XIX*. São Paulo, Companhia Editor Nacional-Instituto Joaquim Nabuco de Pesquisas Sociais, 1979.

Herrejón Peredo, Carlos. *Hidalgo: maestro, párroco e insurgente*. Ciudad de México, Fomento Cultural Banamex, 2011.

Ibargüengoitia Jorge. *Los pasos de López*. Ciudad de México, Joaquín Mortiz, 2018.

Karatani, Kojin. *The Structure of World History*. Trans. Michael Bourdaghs. Durham, Duke UP, 2014.

Moretti, Franco. *The Bourgeois*. Londres, Verso, 2013.

Orozco y Berra, Fernando. *La guerra de treinta años*. Ciudad de México, Vicente García Torres, 1850.
[<https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=nnc1.0113119761&view=1up&seq=11>]

Ortiz Escamilla, Juan. *Calleja: guerra botín y fortuna*. Xalapa, Universidad Veracruzana-El Colegio de Michoacán, 2017.

Palti, Elías José. “La guerra de los treinta años de Fernando Orozco y la visión lúdico poética de la historia”. *Latin American Literary Review*, n.º. 29, vol. 25, 1997, pp. 63-90.

Ruisánchez Serra, José Ramón. “The Conservative Paradigm”. *A History of Mexican Literature*, Ignacio Sánchez Prado, Anna M. Nogar y José Ramón Ruisánchez Serra (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2016, pp. 203-217.

Ruisánchez Serra, José Ramón. “El razonable ateísmo de la felicidad: Manuel M. Flores y su otro romanticismo mexicano”. *Sensibilidades conservadoras: el debate cultural sobre la civilización en América Latina y España durante el siglo XIX*, Kari Soriano Salkjelsvik (ed.), Madrid, Iberoamericana-Verbuert, 2021, pp. 255-278.

Ruisánchez Serra, José Ramón. “Religión y literatura: notas para una economía”. *Decimonónica*, 19.2, 2022.
[<https://www.decimononica.org/ruisanchez-serra-19-2/>].

Serrano, Antonio. *Hidalgo: la historia jamás contada*. Astillero Films, 2010.

Van Young, Eric. *A Life Together: Lucas Alamán and Mexico, 1792-1853*. New Haven, Yale University Press, 2021.